



Pascal Quignard

PRINCESA, VIEJA REINA

INTERZONA



PRINCESA, VIEJA REINA



Pascal Quignard

PRINCESA, VIEJA REINA
Cinco cuentos

Traducción de Silvio Mattoni

INTERZONA

INTERZONA

Quignard, Pascal

Princesa, vieja reina / Pascal Quignard - 1a ed. - Buenos Aires: Interzona Editora, 2021.

64 p.; 18 x 12 cm. (Zona de traducciones)

ISBN 978-987-790-037-8

1. Narrativa Francesa. I. Título.

CDD A863

Princesse, vieille reine de Pascal Quignard

© Editions Galilée, 2015

© interZona editora, 2021

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Traducción y prólogo: Silvio Mattoni

Coordinación editorial: Luciano Páez Souza

Composición de interior: Brenda Wainer

Imagen de tapa: Shutterstock

Corrección: Laura Junowicz

ISBN 978-987-790-XXX-X

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Libro de edición argentina.

Cet ouvrage a bénéficié du soutien des Programmes d'aide à la publication de l'Institut français. Esta obra cuenta con el apoyo de los Programas de ayuda a la publicación del Institut français

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



PRÓLOGO

Este libro fue editado casi al mismo tiempo que se puso en escena su texto, con la actuación de Marie Vialle, quien ya había interpretado y dirigido otros espectáculos en base a escritos breves de Pascal Quignard. Por momentos, se leen como las indicaciones de una danza para el escenario en el pasaje de un relato a otro. Porque de eso se trata: cinco cuentos, unidos por una voz. El título podría leerse como un periplo, o una peripecia en el interior de los relatos: se pasa de princesa a vieja reina. Y en efecto, el libro se abre con la historia de una princesa carolingia, dueña de su deseo, en combate franco por su libertad de consentir al placer. Más adelante, otro cuento pondrá en escena a una vieja reina que parece una encarnación de la naturaleza, del tiempo que pasa, del envejecimiento de todo ser viviente que es una forma de la soledad, cuando en el horizonte aparece la muerte ya no como idea ni como presentimiento, sino como vacío de las sensaciones, como percepción inmediata del cuerpo

que decae y se aproxima al estado de materia, cuando el organismo tal vez ansía volver a lo inorgánico.

Los cinco relatos se desarrollan en determinados puntos de la historia, en las regiones del fragmento y de la leyenda. Si se trata entonces de mitos, debe haber una lógica que los une, ya que una serie de relatos engarzados siempre tiende a volverse una mitología. En primer lugar, se trata de mujeres –a las que una voz y por ende un cuerpo femeninos van a representar en el escenario–, pero que pueden en principio reducirse a su situación: la mencionada princesa carolingia, otra princesa pero huérfana y china, que a la inversa de la anterior es sometida a la violencia del deseo ajeno, una muchacha noble del imperio japonés en el medioevo, una reina tan antigua que parece haber nacido con el mundo y que fuese a morir con él, una escritora romántica y realista que firmó con nombre de varón y que también fue huérfana desde niña. Sin embargo, no están solamente unidas por su género o por la tonalidad sentimental, a veces trágica, de sus destinos. Las enlaza antes, en el origen, un ritmo, un determinado fraseo. Es como si se tratara de sonatas y cada historia integrase un movimiento en una serie musical mayor. De allí que en cada momento de interrupción, al inicio de cada relato, se describa o se recomiende una danza y un nuevo vestuario. Entre

esos pasos de danza, entre vestirse y desvestirse, con la inmersión en los cuentos que van buscando el ritmo de aquello que los impulsa hacia sus finales, se configura un largo poema dramático o lo que los antiguos alejandrinos llamaban un “mimo”, donde la narración era asumida por varios personajes aun cuando la escansión prosódica, o sea la voz, fuera la misma. Solo que en este caso no se asiste a una presentación de la vida, a un intento de hacer ver el presente, sino que Quignard más bien parece evocar a los muertos. Esas mujeres de antaño, voces apagadas en otras épocas, vuelven a contar sus historias. Y alguien las obedece, las transcribe para que otra mujer las cante, las ponga en escena, las haga bailar de nuevo con todo su cuerpo.

Entonces, en cada frase, en cada repetición, se vislumbra la presencia del cuerpo que habrá de transmitir estas viejas historias, aquellas huellas de lo inmemorial. A la manera de un antiguo rito, cinco mujeres son evocadas a la medida de su deseo. Y es como si la materia de ese deseo no hubiese desaparecido con sus vidas, con sus cuerpos, y todavía persistiera en la estructura de cada relato. Volver a contar la historia de unas princesas es entonces llamarlas, revivirlas, como en una escena chamánica que se comunica con épocas previas a toda historia, antes de toda escritura. En esa caverna

donde alguien que ya no habla se viste con pieles de animales, una vieja reina finalmente hace que vivan de nuevo las mujeres que producen vida. Apenas recuerda al padre de sus hijas, ahora distantes, mayores, madres quizás, como una piedra puntiaguda que lastimó su pie. Es preciso decirlo, como lo dice en una entrevista la actriz Marie Vialle acerca de las cuatro obras de Quignard que dirigió e interpretó en el teatro: los hombres quizás no existen. O están en otro lugar. El deseo se intensifica, se despliega, o bien se retira, se arruga, con un mero pretexto, un cortesano cualquiera. Mujeres y hombres no están en el mismo mundo, aunque las palabras parezcan comunicarlos. El cortesano que brinda placer pleno y alegre, el príncipe oriental que hace brotar un llanto irrefrenable por su sencilla inconstancia y su posterior insistencia de pusilánime, el conquistador que masacra a una dinastía completa y se dedica a violar a su última heredera, la piedra que recuerda a un marido muerto hace años, el padre caído del caballo que le dará a una niña su futuro de escritora en forma de ausencia; todos son funciones de la intensidad ancestral de otros cuerpos generadores. El relato los requiere, pero la emoción de la narración, la pasión de bailar, de contar o de leer se da en los cuerpos de ellas, que vuelven a decir su historia, siempre la misma, la que puede leerse en

un libro orgánico, en la reclusión que mira dos palmas abiertas y repite su persistente singularidad. La oscuridad ilegible está afuera de la cueva, de la recámara de princesa o del estudio de escritora. Es una llana noche sexual donde algo absolutamente extraño, mezcla de cuervo y de búho, se acerca o se cierne amenazante. Marie Vialle dice, con encantador asombro: “es como si los hombres fuesen totalmente extraños”. Con ellos viene la noche, pero también se va. ¿Dónde se podrá leer, recordar, recitar a solas?

Porque en la soledad, que se representa como una danza reiterada de vestirse y desvestirse, cada mujer parece estar leyendo lo que le pasa, pero tiene que inventar el libro, el trance de una historia que se escribe por repetición en el interior de sus palmas abiertas. Ciertas palabras vuelven, y al mismo tiempo se borran: están escritas en la nieve como huellas, o en la memoria frágil de unos mensajeros ocasionales, o en los cambios de la naturaleza y de la política, o en el instante de un accidente fatal que marca un punto en el espacio y en el tiempo.

No se sabe si los cuentos avanzan, si en verdad asistimos a un drama o acción que se adelanta, pero de princesa a vieja reina se esboza una diferencia en el tiempo, y además, luego de las princesas y de la reina de la

sino unas fábulas que se dirigen a cada uno, a cada solitario, puesto que se nace más de una vez, se es expuesto a la vista de otros, pero solo se muere una, solo se muere solo. La ausencia, en el lugar en que se escribe, es el testimonio de la palabra “amor”. La princesa dijo: “Me gusta la palabra que usa: amor. En efecto, se trata de amor. Sí, totalmente. El amor es el nombre que hace falta”. Otra vez, una y otra vez, de nuevo, desde el inicio, se cuenta la historia de un nombre que falta, la palabra en la punta de la lengua. ¿Cuál es? Nunca la diré.

SILVIO MATTONI

PRINCESA, VIEJA REINA



Danza lenta en el silencio de vestirse y desvestirse.

Voy a ponerme un vestido muy viejo que me gusta.

Entramos a este mundo por una puerta extraña.

El emperador Carlomagno tuvo una hija que se llamaba Emmen.

Éginhard era el nombre del secretario del Palacio.
Su atracción fue espontánea.

Se miraron, se gustaron, tendieron sus manos delante de ellos, se las tomaron. Se amaron de inmediato. Desearon verse todo el tiempo. Sucedió que un día Emmen tuvo la audacia de meter sus dedos dentro de la mano de Éginhard: fue a la sombra de una iglesia.

Un día los labios secos de Éginhard tocaron la boca de Emmen: fue en un bosque de álamos. Temblaban. Todo temblaba. También sus labios temblaron. Se abrieron.

El tiempo pasaba, transcurría, volvía, declinaba, se iba, pero no su amor.

No su deseo, que regresaba sin cesar.

A Éginhard se le había ocurrido la idea de rogarle a Emmen que le mostrara su desnudez: era el final del otoño, en el cañaval, sobre la orilla del borde del Aachen. Él acarició con los dedos los dos labios grises del sexo de la muchacha. Pero en esa ocasión él se quedó vestido. Los tocaba con sus dedos. Le solicitó que le permitiera desahogarse en su sexo. Ella se negó.

En pleno invierno, no porque la princesa hubiese sido convencida por sus ruegos, sino porque ella misma estaba excitada y deseaba conocerlo por completo, estrecharlo en sus brazos, ella le propuso que fuera una noche a su habitación. La princesa Emmen dijo:

–Tengamos una cita nocturna. Aunque es un acto que puede ser peligroso. Porque hace falta que te introduzcas en la casa de las mujeres sin que nadie te sorprenda.

–Tendré mucho cuidado –le respondió Éginhard.

Después preguntó en voz baja:

–¿Al menos nos vamos a desnudar?

–Sí. Nos vamos a desnudar y nos abrazaremos.

–¿Te podré penetrar?

–Vas a entrar adentro mío, te lo juro.

–Me lo estás jurando.

–No puedes saber, Éginhard, cuánto te deseo. Ya sabes, quisiera vivir contigo.

Estaban en el mes de diciembre. De modo que se hizo de noche muy temprano sobre la orilla. El secretario del Palacio esperó a que la noche estuviese totalmente oscura.

Entonces Éginhard abandonó el palacio de los hombres.

Grandes nubes marrones velaron las estrellas y ocultaron la luna.

Éginhard cruzó el río valiéndose de la rama de un árbol, por encima del agua.

Se introdujo en el huerto de las cocinas.

Esperó en el silencio y las sombras.

Esperó que la sombra fuese aún más oscura.

Por fortuna las nubes que pasaban por el cielo encima de su cabeza eran cada vez más bajas y oscuras.

Lentamente, llegó cerca de la casa de las mujeres. La rodeó por abajo. Llegó mucho tiempo antes de la hora que Emmen le había indicado. Se escondió cerca de la puerta que Emmen le había dicho.

Cuando se hizo la hora, Emmen llegó.

Tenía una lámpara en la mano.

Ella vio su cuerpo que proyectaba su sombra en la pared.

Puso los dedos en las mejillas rasposas y heladas de su novio. Luego lo tomó de la mano. Lo condujo a la pieza donde se guardaba la madera. Ella apagó la lámpara. Porque no pudieron ir a la habitación: estaba ocupada por las princesas y sus sirvientas.

Se acarician.

Hacen el menor ruido posible.

No pueden desnudarse por completo porque hace mucho frío en la pieza oscura de la leña. Meten sus manos heladas debajo de sus ropas; las levantan; desnudan sus sexos; los tocan; sus sexos se activan; uno se estremece; el otro se sobresalta; se aman varias veces de verdad. Susurran, canturrean, murmuran, se quejan. De repente, gimen, suspiran. Llega el fin de la noche.

Bajo la puerta el sol forma una línea blanca.

Una línea totalmente blanca, de un blanco intenso.

Ordenan de nuevo sus ropas.

Se abrazan con fuerza por última vez.

Abren la puerta de la leñera.

–¡Por Dios! –exclamó Emmen.

No dijo nada más y lloró.

Frente a ella, frente a la pieza donde guardaban la madera de la casa de las mujeres, el suelo estaba cubierto de nieve. No habían escuchado caer la nieve. No siempre es fácil oír la nieve cayendo.

Durante el tiempo de sus abrazos, había nevado copiosamente sobre todo el ámbito de la corte.

Éginhard miró a su vez el manto de nieve inmaculada que se extendía ante ellos hasta el palacio de los hombres y lo contempló con espanto.

Al mismo tiempo, estaba fascinado por tanta blancura. Se quedó inmóvil al lado de la princesa. No sabía qué hacer. Era incapaz de saber qué camino tomar. Miraba la nieve.

Emmen lloraba porque no quería que su amor fuera traicionado por la huella de los pasos de un hombre en la nieve proveniente de la casa de las mujeres. Reguero de huellas que llegarían a desembocar en el palacio de los hombres y lo señalarían. Ella no deseaba que Éginhard fuera descubierto. No deseaba que fuera castigado o que muriese.

Emmen tuvo súbitamente una idea para salvar al hombre que amaba y preservar su amor. Se inclinó hacia adelante. Puso sus manos sobre sus rodillas.

–¡Sube! –le dijo ella.

Danza pesada de las horcajadas en la nieve.

Fue así que Emmen subió a Éginhard a horcajadas sobre su espalda.

Sobre sus caderas, la princesa Emmen agarró con sus manos los muslos potentes de Éginhard.

Ella avanza por la nieve.

Lleva a su amante en la espalda, aferrando firmemente la carne que está debajo de sus muslos.

Titubeante, sin que él la haga tambalear ni que caiga, ella cruza la extensión que lleva al palacio de su padre.

Sucedió que aquel día el emperador, por estar falto de sueño, se quedó en su ventana mirando nacer el alba en el cielo e invadir el espacio. Todas las nubes se habían disipado. El sol naciente lanzaba sus primeros rayos sobre la nieve nueva, con la ausencia total de viento que a veces acompaña el frío muy intenso.

Divisó la escena de un hombre cabalgando a una mujer en el silencio y la belleza del final de la noche.

Es su hija, es su secretario, cuyas pequeñas siluetas oscuras se recortan nítidamente sobre la blancura inmaculada de la nieve.

Ve que Emmen deposita a Éginhard ante la puertita baja de la bodega del palacio de los hombres.

Éginhard entra precipitadamente en la casa de los hombres.

Emmen, tranquilamente, vuelve al prado cubierto de nieve.

Danza ligera y dando vueltas de Emmen feliz entre los árboles, la mañana y la nieve.

La muchacha recorrió el prado. Llegó a la colina, el bosquecillo de avellanos. Había aminorado su paso.

Avanzaba como una princesa que hubiese tenido ganas de pasearse al amanecer para admirar el sol que se levanta a través de las ramas peladas de los arbustos.

Su padre vio que su hija de repente viraba.

Ella tomó el camino que llevaba al río, en dirección a la casa de las mujeres.

El cielo de invierno era puro y amarillo.

Ella estiró su mano.

Un mirlo que tenía frío fue a posarse sobre su mano y cantó.

Y de pronto se voló.

Canto de la mirla rechoncha y parda sobre la mano de la princesa Emmen.

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA